850 A PQ 4683 .A3 P38 1897



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



## EL SOCIALISMO EN LA FAMILIA

ra, y como habrá miles de miles dentro de pocos años.

Los lazos del afecto no se han entibiado; pero la bella harmonía de la íntima charla ha desaparecido. Entró en aquel hogar la Idea, y se encendió la discordia entre el padre y el hijo, entre la hija y la madre.

Las conversaciones se han convertido en discusiones, en las cuales resuenan insólitas palabras y temerarias proposiciones, que los sirvientes escuchan abriendo los ojos, y que comentan luego vivamente entre ellos mismos, participando de la opinión de los rebeldes. Todos los días, bajo cien formas distintas, surge la eterna cuestión. El estudiante aduce argumentos económicos y cifras; la chica razona en nom-

bre de una compasión vasta y nueva, que abraza millones de hombres desconocidos, y que la anciana madre no comprende. En parte, sí la comprende el padre, y aun concede y aprueba tal cual cosa; pero al llegar á las últimas consecuencias, se resiste con obstinada firmeza, y perseguido, se arrepiente y desdice de lo que otorgó, y trunca la disputa con amenazas y amargas reconvenciones; mientras que la compañera de su vida mira en silencio á sus hijos moviendo la cabeza tristemente, turbada por el presentimiento de un siniestro porvenir.

En la controversia, siempre resucitada, chocan el egoísmo paterno y la generosidad humana; la verdad de ayer que se va trocando en mentira, y la utopia de hoy que será verdad mañana; las fuerzas tenaces de los intereses, las impetuosas del amor, el miedo de la vejez, para la cual el futuro es una amenaza, los atrevimientos de la juventud, para quien es todo esperanza lo porvenir.

—¿Quién nos ha trastornado á nuestros hijos?—se preguntan los viejos entre suspiros, pasando revista á amigos y conocidos, sospechando de unos ó de otros. No piensan que la Idea no penetra en las casas por la

puerta, sino por las ventanas, con las ondas del aire y los rayos del sol, como el ambiente. Aquí y allá, sobre los veladores y por los estantes, aparecen libros nuevos, con títulos extraños, en los cuales anda constantemente la misma palabra desdichada; y la madre mira los volúmenes sin tocarlos, y el padre abre alguno que otro de vez en cuando, pero cerrándolo en seguida y arrugando la frente.

¡Ah, los libros! Otro motivo de discordia que salta entre la sopa y los postres cada día en la mesa. Escritores que antes eran como los santos domésticos, á los cuales se rendía unánime culto, son arrojados uno tras otro de los altares; los chicos los acusan de indiferencia y de culpable silencio, de ideas truncadas é incompletas y de mezquinos y estrechos sentimientos. Van descubriendo que la antigua biblioteca está llena de mentiras, de preocupaciones bárbaras, de sentencias injustas y de máximas estólidas, aceptadas sin examen y repetidas maquinalmente como los estribillos de las canciones aprendidas de niños.

Ni aun sobre las cuestiones que se refieren á la patria se entienden el viejo patriota y sus hijos. Ya, en ellos, aquel grande

5

amor no tiene por objeto simbólico la antigua Matrona hermosa y soberbia, coronada y empuñando la espada, robusta y rebosando salud (negada por cierto á la mayor parte de sus hijos); aquel sentimiento ahora se esparce sobre inmensa muchedumbre de criaturas humanas, pobres y cansadas, que ruegan, se quejan y tiemblan; y el anciano retira de ellas el pensamiento debilitado por los años, desconfiado y con espanto. Y aparte de patria, cien otras palabras más usuales en el hogar, parece como que han adquirido un segundo sentido, no significando ya para sus hijos lo que para él. ¿Se les ha alterado la razón? ¿Se ha pervertido su ánimo? Padre y madre viven en este punto en dolorosa incertidumbre. Y si de ambas cosas son convencidos, si reparan en el fondo de la manera de discurrir de aquéllos, observan que las ideas son insensatas y funestas. ¡Quién puede dudarlo! Pero aquello que les desconcierta más es el extremecimiento vivo y sincero de la indignación de sus hijos; el acento amoroso y profundo de su piedad, la fuerza viril de su persuasión, la infatigable pertinacia con que repiten incesantemente los mismos argumentos, vigorizados cada día por nuevas convicciones inesperadas de autoridades respetables; la bella luz intelectual que fulgura en sus frentes, con un no sé qué de seguridad, de fuerza indómita, de grandeza, que se percibe confusamente en la instigación desordenada de su elocuencia provocativa.

Así es: en aquellos momentos, el jovenzuelo parece un hombre y la chicuela más bella, con los rostros inflamados y como coloreados por el reflejo de una aurora que sólo ellos ven. ¡Mas... con aquellas ideas, él no hará carrera y ella soltera permanecerá! Y esos augurios afligen á ambos ancianos.—¡Qué vejez se nos reservaba!—exclaman, y no se saben resignar á tamaña desventura...

¡Ah, buenos viejos! ¿No sabíais que es eterna la lucha entre la ancianidad y la juventud; que la casa es el pequeño campo en que se inician con escaramuzas todas las grandes batallas sociales; que otros padres y otras madres han sufrido, temblado, combatido, antes que vosotros; que cada Idea nueva costó á la familia afanes y terrores, porque la familia misma es un organismo que no concibe sin perturbaciones y no alumbra sin espasmos?

¡Ánimo, buen viejo! Para tu hija y para las que se le parecen, surge una nueva generación de jóvenes magnánimos, desdeñosos para con las mujeres que no saben comprenderlos, y adoradores de aquellas que te parecen descarriadas. Tu hija será idolatrada por un hombre digno del temple de su alma, y del pleno y potente amor de entrambos nacerán vástagos soberbios.

¡Y tú, pobre mujer, que velas hasta media noche con el corazón tembloroso aguardando al hijo que fué á la sesión de los trabajadores, tranquilizate: no le reconvengas al aparecer en la puerta; acógelo dulcemente! Vuelve á tí más bueno, más honrado, más noble que cuando se marchó; trae en el espíritu una Idea que le ilumina la vida, y en el corazón una esperanza que le hace amar el mundo. ¡Tranquilizate: él quizá no sea afortunado; pero no será egoista, no adorará el dinero, no oprimirá á los débiles, no llorará un pasado nefando por miedo á un porvenir que el mundo invoca! No te encomiendes, como haces todas las noches, á aquella pequeña imagen de Cristo crucificado que cuelga á la cabecera de tu lecho, para que te convierta al rebelde.

¡Si aquel crucifijo se desgajase de la cruz

y bajase un momento, grande y vivo en medio de vosotros dos, no seria tu frente la que sentiría primero la dulce caricia de su agujereada mano!





## IGNORANCIA PLEBEYA

Y MEDIA CULTURA BURGUESA

A ignorancia de la plebe es la peculiar á la muchedumbre innumerable, la cual no sabe porque no ha estudiado, y no ha estudiado porque no ha podido; sin desconocer que dicha ignorancia esté libre de propia culpa. Y, sin embargo, ¿cómo siendo así tal culpa, hablan de ella con iracundo desprecio aquellos que á la ignorancia atribuyen la facilidad con que el pueblo acoge «las ilusiones del socialismo»? Si después se hace observar que en todos los países estas ilusiones son más fácilmente acogidas por la parte más instruída de las clases trabajadoras, mejor que por la menos culta, responden los mismos que son igualmente fáciles para hacerse ilusiones «la ignorancia y la media cultura».

Y bien: detengámonos aqui, porque el argumento se puede devolver.

La media cultura es igualmente fácil para aceptar las ideas falsas y para rechazar y burlarse de las justas, solamente porque son nuevas y grandes. ¿No sería por ventura precisamente la media cultura de nuestra burguesía la que tan atrevidamente sentencia como falsas, insensatas, quiméricas las ideas socialistas?

Todos los socialistas se persuaden de esta verdad, luego de haber reconocido por experiencia que cuanto más amplia y profundamente ilustrados son los adversarios con quienes se les ocurre discutir, tanto más inclinados se muestran á aceptar algunas ilusiones, manifestándose cautos en rechazar las otras, dispuestos á mesurarlas tódas, pensando gravemente sobre el curso y los efectos que pueden seguir y alcanzar tales ideas en el porvenir. À medida que se desciende en la escala de la cultura, se encuentra una más feroz hostilidad. Tratando del socialismo, el catedrático de Universidad razona y medita; el maestro de obras enriquecido, estalla y escupe. Y semejante diferencia encierra un grande y consolador significado.

Se objetará:—«¿Cómo podéis hablar de media cultura en Italia, donde los estudios económicos, en opinión hasta de ilustres extranjeros, han avanzado y se han difundido más que en ningún otro país?» Á esta exclamación contesta un valiente sociólogo italiano (que no es socialista por señas), en un escrito «Sobre el movimiento económico y social en Italia» publicado en cierta importante revista belga; y responde que los que cultivan estos estudios entre nosotros forman casi una clase aparte que influye poquisimo en la burguesia, la cual se halla fuera casi por completo de la cultura superior; de tal modo, que el gran progreso de los estudios económicos y sociales no está en relación directa con el de la cultura pública. Alega en prueba de su aserto el hecho de que la gran mayoría de nuestras personas ilustradas ignoran que las doctrinas del socialismo tienen ahora un amplio y sano fundamento científico; y no obstante. se habla todavía de él cándidamente como de utopias dignas de conmiseración. Y llega á citar el caso de un grande y autorizado periódico italiano, que pocos meses ha pronunciaba aún esta sentencia: ¡El socialismo es el dinero del prójimo!

Y bien, es cierto. Hombres doctos en ciencias ó en letras, personas que ocupan altos cargos en el Estado, jóvenes y damas distinguidas de la aristocracia del talento, notables profesores y excelentes empleados, y financieros, y propietarios hasta de alto bordo, la inmensa mayoría, en suma, de nuestra media v alta burguesía está todavia en esa situación y en esas creencias con respecto al socialismo. Interrogadles, tanteadles acerca de las más grandes cuestiones de nuestro tiempo, y reconoceréis al punto en casi todos la ignorancia hasta del significado propio de las palabras más indispensables para discutir, y escucharéis aquellas respuestas que os revelan é imponen instantáneamente de la absoluta inutilidad de toda discusión, y os dejan estupefáctos, presa de un sentimiento de tristeza y compasión que os corta la palabra en la boca.

Si, en tal situación nos encontramos todavía en Italia.

Esta honda agitación del pueblo, que arranca de todas las miserias y de todos los dolores humanos y trae su fuerza de todos los progresos materiales y morales de los tiempos modernos; esta aspiración de millones y millones de hombres por subir à un orden de vida más digno, para gozar de la parte que les corresponde de los bienes que ellos mismos producen, para libertar el propio trabajo de la servidumbre que los ahoga y el alma de la ignorancia que los encadena y envilece; este irresistible movimiento del proletariado, «empujado por todas las fuerzas de la historia y por todas las necesidades económicas del siglo» á un mejoramiento de situación ventajoso para todo el cuerpo social, y que producirá una forma de civilización superior, imposible de imaginar que pueda sobrevenir por otro camino... todo esto no es más... que jel dinero del projimo!

Este sentimiento invencible de un nuevo derecho que en todos los países empuja y sacude desde sus fundamentos el edificio de las viejas legislaciones, y quiere convertir en pro de los millones de débiles la protección de las leyes no disfrutada hasta aquí sino de los pocos que las dictaron; esta rebelión de la conciencia universal contra el desorden de la producción, contra la furia loca de la concurrencia, sembradora de ruina, contra las desigualdades monstruosas y la monstruosa tiranía de las riquezas

15

usurpadas y confederadas para público daño; este vasto y poderoso soplo de piedad y fraternidad que tiende á asociar todas las fuerzas en beneficio común, suprimiendo las causas de los odios y de las violencias sociales y conciliando toda la libertad con toda la igualdad posible en una forma de Estado que no sea otra cosa que «la voluntad organizada de todos», todo esto no es sino ... ¡el dinero de los demás!

IGNORANCIA PLEBEYA

Todas las grandes inteligencias que desde medio siglo acá se han esforzado para reconocer y demostrar que la Economia politica no es solamente «la ciencia del egoismo humano», sembrando el espanto y el desorden entre las filas de los viejos campeones del bandolerismo legal; el hombre de genio que con uno de los más poderosos esfuerzos que se hayan podido llevar á cabo por el pensamiento humano ha probado la transformación social como la meta inevitable de toda la evolución histórica, arrastrando tras de sí á toda una legión de doctos é intrépidos apóstoles que han conquistado la Alemania; los potentes pensadores americanos é ingleses que con maravilloso aparato de doctrina agitan años ha el formidable problema de la «nacionalización de la tierra»; los sabios é infatigables organizadores belgas, que con una labor milagrosamente pacientísima han conseguido ya que «surja del mar de la burguesia un archipiélago de islas socialistas», prontas á reunirse á la primera sacudida telúrica en un continente; todos los privilegiados y los ricos de cada nación, que, impulsados por la razón v por el corazón hacia la nueva Idea, han renunciado por ella á los honores, à la riqueza y à la paz; y todos aquellos otros innumerables de toda clase, que, sin esperanza alguna de beneficio personal, ni aun remoto, han afrontado, y afrontan por aquella Idea, calumnias, persecuciones, destierros, miseria: orgullosos de su sacrificio, inalterables en su fe, recompensados de todo daño y felices por aquella esperanza de un mundo mejor que llevan en el alma, y todos éstos no son... otra cosa que gentes que quieren ¡el dinero ajeno!

Esto parecerá increible á muchos de la clase proletaria. No creen lo que dicen (pensarán); dirán eso por ira ó por ostentación de que no les importa, aquellos á quienes turba el bu del socialismo; pero en realidad, adivinarán la grandeza de la idea y de los hechos, y, ocultamente, se ocuparán de

ello con curiosidad y concienzudamente. ¡Ah, no! Habrá alguna rara excepción; pero la inmensa mayoria, juzgando como juzga, está de completa buena fe en esa actitud hostil ó contra el socialismo, y, ó por natural indolencia ó por despechado propósito, tiene rigurosamente cerrada la inteligencia á todo aquel orden de ideas, y con pueril obstinación repite hasta el infinito contra las nuevas doctrinas sociales, los mismos lugares comunes, los mismos arcaicos y decrépitos argumentos heredados de las pasadas generaciones, enfureciéndose, gritando estrepitosamente contra aquellos que, aun con las más suaves formas, insisten en hacerles observar que no sirve ya el pasado. Bien ha dicho no sé qué historiador: «que Dios ciega á las clases sociales que quiere perder». Y es tiempo perdido también decirles como el Cardenal Manning, que es insensatez cerrar los ojos para no ver el abismo hacia el cual se corre.

Consuélense, pues, aquellos rudos trabajadores que alguna vez se duelen y se avergüenzan de la falta de la ilustración necesaria para comprender plenamente la gran cuestión que les interesa. Aquel parcial y vago concepto que ellos puedan tener acerca de los vicios de nuestra organización social y de las vastas reformas diseñadas, es casi un conocimiento luminoso y hasta brillante, en comparación de la voluntaria obscuridad de sepulcro en que permanece bajo este respecto la mayor parte de las gentes cultas; obscuridad en la cual, socialistas y ladrones en cuadrilla, colectivismo v anarquía, Carlos Marx y David Lazzaretti, y organización del trabajo, y reparto de los beneficios, y naufragio de la civilización, forman una confusa inexplicable fantasmagoría, á través de la cual pasa, una vez al año, un lívido relámpago de pavor, no tanto para iluminar aquel montón de cosas, cuanto para aumentar la misérrima confusión.

Consuélense, pues con el andar del tiempo, instruídos por la propaganda, ejercitados por la reflexión, ellos entenderán siempre mejor los elementos de la doctrina y la razón de los acontecimientos; mientras que el mayor número de sus adversarios, poseyendo siempre más nublada la mente por el orgullo ofendido y por la creciente inquietud, comprenderá constantemente menos de una y de otra cosa.

El socialismo, derribadas las últimas

barreras internacionales, invadirá su país como un Océano, y buscarán todavia ellos en el horizonte los pocos sobornadores, causa única de la inundación, para denunciarlos á la Autoridad constituída. La marea que sube tragará una tras otra las podridas instituciones, los inícuos privilegios, los idolos falsos, las contaminadas riquezas; y ellos creerán todavía que aquello es el triunfo pasajero de una idea loca, elevada por una oleada repentina de la canalla; y aun con el agua al cuello, nada comprenderán; y morirán ahogados, sin haber comprendido.

Y si resucitasen de aquí á cien años, y pudiesen ver extirpada del mundo civil la miseria, regenerada la plebe, triunfante la justicia y mudada en verdadera civilización esta larva miserable que lleva su nombre, creo que ante aquel espectáculo todavía moverían la cabeza en señal de incredulidad despreciativa, ó alzarían el brazo con el puño cerrado en señal de amenaza y de desdén, exclamando: «¡Todo esto es obra del ansia por el dinero ajeno!»

## PRONÓSTICOS LISONJEROS

pensando que la fe socialista no se difundirá jamás en la clase media, tanto cuanto sería menester, para infiltrar en ella el desorden y desarraigar la resistencia; porque una gran parte de la clase dominante se lanzará con la cabeza baja, espontáneamente, en la nueva vía, mucho antes de estar persuadida de que conduzca de verdad á la «tierra prometida» del Socialismo.

«El movimiento actual se parece á la descomposición del siglo pasado, cuando una sociedad entera se precipitó en lo desconocido por cansancio ó por horror de vivir bajo las ruínas de un mundo muerto.»

Y no es ese el juicio de un marxista fanático, sino del Vizconde académico De Vogüé, una de las inteligencias más profundas y serenas de Francia.